

Capitalismo expoliador y rentista: entre la disputa y la dependencia por las rentas

Predatory capitalism based on income: between conflict and dependence on earnings

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

Docente investigador, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo,
Universidad Autónoma de Zacatecas. Correo-e: vladi.vitela@gmail.com

La renta capitalista representa una clave teórica a fin de entender la catástrofe socioambiental contemporánea. Un concepto decimonónico cobra actualidad para descifrar fenómenos del presente como la financiarización y el extractivismo del siglo XXI. A su vez, el concepto de ruptura del metabolismo social permite explicar la alienación entre la humanidad y la naturaleza. Existe una ilación lógica entre la necesidad de valorización del capital y la inmolación de los sistemas ecológicos. En esa tesitura, la formación del Estado mexicano transcurre por cinco momentos clave en un arco del tiempo que va de la expropiación colonial a la subordinación al capital global. Con todo, se vislumbran pulsiones del cambio social.

Palabras clave: capitalismo, renta, metabolismo social, Estado, México.

Capitalist income is a key theoretical concept for understanding the contemporary socio-environmental catastrophe. A nineteenth-century concept has regained relevance for understanding present-day phenomena such as twenty-first-century financialization and extractivism. In addition, the concept of the rupture in the social metabolism offers an explanation for the alienation between humanity and nature. There is a logical connection to be drawn from the need for capital appreciation and the destruction of ecological systems. In this context, the formation of the Mexican state has unfolded in five significant stages over a period of time ranging from colonial expropriation to subordination to global capital. Nevertheless, there are signs of a drive toward social change.

Keywords: capitalism, income, social metabolism, state, Mexico.

Introducción

En la modernidad capitalista contemporánea vivimos tiempos candentes plagados de contradicciones socioambientales. El desafío es mayúsculo si se desea comprender la serie de cambios fundamentales suscitados en las últimas cinco décadas, en un periodo de crisis mundial, seguido de un periodo de auge del capitalismo y el advenimiento de crisis más profundas e intrincadas que trastocan el ámbito de la producción económica, teórica y cultural. Las disputas

geopolíticas por los recursos naturales y las relaciones entre Estados nacionales, sumergidas en formas cambiantes de hegemonía del capital y la reinserción subordinada de las periferias al capital global, se pueden entender como la forma contradictoria en la que se desarrolla el capital global. El propósito es entender la morfología del capital global que tiende a subsumir a la totalidad de relaciones sociales, formas de producción, estructuras de poder y la reproducción material de la sociedad, para discernir el papel geopolítico de

los países subdesarrollados y la inmolación de los sistemas ecológicos y laborales que los conforman.

Esta disputa presenta matices críticos: mientras el bloque occidental utiliza la renta financiera y el control de la deuda con la intención de someter a las periferias, el modelo impulsado por China se basa en una demanda colosal de valores de uso (minerales y energía). Ambos modelos convergen en la presión sobre los territorios, pero el segundo acelera la reconversión de las naciones periféricas en enclaves extractivos de alta intensidad que alimentan la maquinaria industrial.

Desde la década de 1970 se registra una profunda crisis del capital en términos de sobreproducción de mercancías y de capital, que impone la necesidad de reorganizar la trama de la valorización y ampliar los espacios en el orden planetario sujetos a su dominio, y con ello reconfigurar las pautas de acumulación, establecer el espacio como palanca de acumulación, apropiarse de los abastos mundiales de recursos naturales y de reservas de fuerza laboral, reconvertir las instituciones e instancias de gestión para reconstruir las relaciones laborales (incluyendo formas de superexplotación del trabajo), reeditar las economías de enclave exportador a partir del extractivismo y someter a la actividad productiva a la creciente órbita del sector especulativo y rentista, comandado por una nueva morfología del capital global, que articula al capital financiero, extractivo, industrial y de servicios. Esa nueva configuración del capital global ha rearticulado las relaciones de poder, de clases y entre Estados.

La moderna sociedad capitalista está estancada en una profunda crisis, que es una crisis propia del capitalismo, cuya tendencia secular a la caída de la tasa de ganancia ocasiona episodios de sobreproducción de capitales y de mercancías, y en cierto modo de subconsumo y escasez relativa en determinados ámbitos, que suscitan problemas de realización. En términos económicos se generan lapsos de estancamiento de la economía y una espiral de recesión, sino es que de depresión económica. Pero su correlato es aún más profundo, puesto que la lógica de reproducción de capital entraña una destrucción de las bases de la riqueza material, la sociedad y la naturaleza. Se trata de una crisis

civilizatoria, multidimensional, que tiene expresiones contundentes en el cambio climático, sobre todo en la fractura del metabolismo social entre humanidad y naturaleza.¹

El metabolismo social significa la transformación de la naturaleza como exterioridad mediante el trabajo y, de modo simultáneo, el establecimiento de relaciones sociales de producción que modifican la naturaleza interna de la sociedad humana.

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza (...). Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma.²

La tentativa del capitalismo es establecer la producción como un fin en sí mismo, en el que el capital es el origen y fin del proceso perpetuo de autovalorización: «El verdadero límite de la producción capitalista lo es *el propio capital*; es éste: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, como motivo y objetivo de la producción».³ En esa trama, los medios de producción fungen como meros medios a disposición de los productores inmersos en los procesos de capitalización. Sin embargo, la acumulación sin límites se pone a prueba cuando se constata que el modo de producción capitalista resulta ser un sistema insostenible, un modo de vida devastador, que conjuga progreso y barbarie, desarrolla incesantemente la tecnología y organiza el trabajo social combinado, que conforme se expande y amplía sus fronteras tiende a autofagocitarse, devorarse a sí mismo, y a la postre resulta un sistema suicida, que agota o inmola sus propias fuentes de riqueza: el trabajador y la naturaleza.⁴

Desde la perspectiva de la crítica de la economía política, aquella que se ocupa de desbrozar la maraña de relaciones sociales mercantiles y el desarrollo concomitante de las fuerzas productivas de la sociedad, la clave teórica para descifrar la catástrofe socioambiental, la destrucción del entorno material vital por la irracional reproducción capitalista, se encuentra en la teoría de la renta capitalista. El concepto de renta capitalista fue retomado por Karl Marx de los clásicos, sobre todo David Ricardo y Johann Karl Rodbertson, y aun

¹ John Bellamy Foster, *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza*, Barcelona, Ediciones de la Intervención Cultural/El Viejo Topo, 2004.

² Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, tomo I, vol. 1, México, Siglo XXI, 1988, pp. 215-216.

³ Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, tomo III, vol. 6, México, Siglo XXI, 1987, p. 321.

⁴ Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI, 1975, p. 613.

de los fisiócratas y su noción de fertilidad de la tierra, para aplicarlo, como se hacía entonces, al problema de la tierra, que era y lo sigue siendo el factor preponderante de la producción de la agricultura y la minería. En la composición de clases sociales, frente a la tierra, se destacaba la existencia de los terratenientes que monopolizaban la tierra.

Teóricamente, es fundamental distinguir que la renta diferencial (basada en la fertilidad o ubicación superior de ciertos suelos) permite ganancias extraordinarias a los capitales más eficientes, mientras que la renta absoluta (derivada del monopolio de la propiedad privada) castiga a la sociedad entera al elevar los precios de los bienes básicos, incluso cuando los recursos son abundantes.⁵

La formación del Estado nacional, la gestión del territorio y las tensiones geopolíticas en la era del capital global son el macrocosmos en el que se enclava el problema de la renta capitalista y la racionalidad productiva que deviene en problemas socioambientales. Significa la configuración del ámbito concreto donde se produce y reproduce la materialidad capitalista y también se producen las condiciones materiales para la reproducción de la vida humana. No obstante, la maraña de relaciones sociales mercantiles moduladas por una estructura social clasista, diferenciada y conflictiva, establece parámetros que lejos de ser equidistantes, propician la alta concentración de medios de producción, dinero, riqueza y poder.

Nuevas bases morfológicas del capital posibilitan su expansión territorial, productiva y mercantil por los confines del mundo. Se trata de la articulación de capitales rentistas, financieros e industriales que tejen redes de suministro y producción a escala mundial, desde las etapas extractivas de materias primas, la elaboración de productos básicos, pasando por la industrialización y la distribución de productos terminados, hasta la cotización en mercados reales y ficticios con asonadas especulativas. En los enclaves territoriales localizados sólo aparecía una etapa, un engranaje, de una red compleja de capitales articulados que operan en el mercado mundial y vinculan emplazamientos territoriales dislocados o dispersos en los confines del mundo.

Formación del Estado nación y disputas por el territorio

La formación del Estado nación tiene como fundamento el control del territorio y con ello la demarcación de las fronteras. Establecido ese precedente crucial, se asentarán los poderes políticos, los cuerpos legislativos, el régimen de propiedad, la formación del modo de producción, la proyección de los mercados, la configuración de la sociedad civil y sus clases sociales y la gestión de los recursos

⁵ Karl Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, tomo III, vol. 8, México, Siglo XXI, 2011.

naturales. Hacia afuera se establecen relaciones con otros Estados, que incluyen la política internacional, la diplomacia, los acuerdos comerciales y la guerra. Las relaciones de poder interestatales se modulan en función de los intereses geopolíticos, las políticas imperialistas y la formación de bloques regionales.

En el caso de lo que hoy es México, y por extensión América Latina, la formación originaria e incipiente del Estado fue la formación de virreinos bajo el yugo de las coronas española y portuguesa, un poder imperialista ibérico de corte monárquico. El territorio conquistado se agrega como parte del reino a la manera de proveedor de recursos naturales, bajo la tónica de la acumulación originaria, el colonialismo, el esclavismo y el imperialismo. Es el precedente remoto de lo que ahora se denomina «extractivismo»,⁶ es decir, el saqueo puro y duro de materia prima (metales preciosos) para exportación (tributo a la Corona) mediante la explotación del trabajo esclavo, sin generar condiciones de industrialización, como correspondía al proceso de acumulación originaria europea, en el que la expropiación de tierras y liberalización de productores directos tenía el cometido de formar capitales e impulsar el proceso de industrialización, la etapa temprana del desarrollo capitalista. El colonialismo monárquico derivado de la Conquista puede ser resignificado, retrospectivamente y por analogía, como un *extractivismo originario*.

El proceso de independencia desmonta los virreinos y abre cauce a la formación de incipientes Estados nacionales en América Latina. Al desmontar el yugo monárquico encauza el reparto del territorio entre los bloques de poder político que se emancipan de la Corona para formar países y reconfigurar sus estructuras de poder internas. El proceso será complejo, porque, en el caso de México, estará expuesto al expansionismo territorial estadounidense, el imperio en ciernes, que lo combate militarmente y logra apropiarse de más de la

⁶ Eduardo Gudynas, «Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual», en Centro Latinoamericano de Ecología Social (ed.), *Extractivismo, política y sociedad*, Quito, Centro Andino de Acción Popular/Agencia Latinoamericana de Información, 2009, pp. 187-225.

En el tablero internacional, las grandes potencias capitalistas despliegan y proyectan sus intereses capitalistas y políticos sobre territorios administrados por gobiernos que se dividen entre aliados y antagonistas. El imperialismo del siglo XXI continúa regenerando las disputas por los territorios y sus recursos naturales, incluyendo los recursos humanos.

mitad de su territorio norte (1848), en tanto que con anterioridad en el sur se anexiona al ahora estado de Chiapas, otrora de Guatemala (1824). Las guerras internas, el proceso de la Revolución mexicana (1910-1920), las conflagraciones internas como la Cristiada (1926-1929) y otras movilizaciones armadas de menor rango revelan el proceso intrincado de conformación del bloque de poder y de la consolidación del moderno Estado mexicano. Será hasta el periodo posrevolucionario y la toma del poder por caudillos militares cuando se logre conformar un Estado con un régimen político presidencialista, un programa populista, la formación de una burguesía nacional y de un proletariado y de un campesinado que poblarán las regiones del país gracias al reparto de tierras por medio del ejido, la pequeña propiedad y los fraccionamientos.

El desarrollo del capitalismo mexicano avanzará por un proceso intrincado, que incuba la formación azarosa del Estado mexicano, la procreación de formas imberbes de capital y la configuración de crecientes masas proletarias como parte de una trayectoria que en principio parecería encubierta e inconexa, pero confor-

me avanza va tomando forma y contenido. En un primer momento ocurre la expropiación a pueblos originarios por el imperialismo monárquico ibérico (1519), una expropiación relativa en la medida en que los pueblos existentes no estaban articulados bajo la forma de Estado nación. En un segundo momento acontece la emancipación del virreinato ante la Corona española (1810-1821), lo cual supone la afirmación de la unidad territorial independiente en busca de una forma de gobierno autónomo y de un Estado, que estará expuesto a una segunda expropiación por el imperialismo estadounidense, que se anexionará 55% del territorio mexicano derivado de la guerra de Estados Unidos contra México (1846-1848) y será asentado en los Tratados de Guadalupe-Hidalgo. En un tercer momento, después de las guerras intestinas y las disputas decimonónicas entre conservadores y liberales, se implementa el proceso de reforma derivado de guerras entre fuerzas conservadoras y liberales (1858-1861), con el propósito de afianzar al Estado en ciernes, a la vez que se desamortizan los bienes de la Iglesia. En un cuarto momento se despliega el proceso revolucionario (1910-1920) que arroja como resultado la reconfiguración del Estado mexicano y se encauza



el proceso de desarrollo capitalista, se abroga el régimen hacendario y se redistribuye el territorio entre productores directos que formarán una clase campesina libre. En un quinto momento ocurre el quiebre del modelo de «desarrollo estabilizador» (1954-1970) y se abre cauce al modelo neoliberal (desde 1982) y la reconversión de tierras para entregarlas al gran capital multinacional y nacional que utiliza el territorio como teatro de operaciones de plataformas de exportación de materias primas y bienes manufactureros ensamblados.

Con la modernización capitalista implementada a través del programa de ajuste estructural neoliberal y la reinserción de la nación a las redes del capital global coordinadas en la región por Estados Unidos, se impulsa un proceso de reconversión del territorio con el objeto de abrir espacios al capital, con lo que se da inicio a un momento en el que convergen la reforma del Estado y la gestión del territorio a favor de los grandes consorcios y se implementan políticas de expropiación de tierras, en este caso organizado por el Estado mexicano, bajo la inserción al capital global. La tónica la marcan los megaproyectos, definidos así tanto por sus montos de inversión, el alto contenido tecnológico y la articulación en redes globales de valorización.⁷ Esta avanzada del capital significa una reedición de la forma de economía de enclave exportador de materias primas, productos agropecuarios y productos manufacturados (maquiladora).

En el escenario actual de la transición energética corporativa, la disputa por los minerales críticos, con el litio como eje emblemático, exige una distinción analítica entre las formas de la renta para desentrañar la lógica de los megaproyectos. Por un lado, opera la renta diferencial, que permite a los capitales transnacionales capturar plusganancias extraordinarias derivadas de las condiciones geofísicas excepcionales de ciertos territorios —como las tasas de evaporación y concentración en los salares andinos—, lo que explica la selectividad geográfica del «ajuste espacial» (*spatial fix*).⁸ Por otro lado, se yergue la renta absoluta, apuntalada por el monopolio de la propiedad —ya sea privada o estatal-concesionaria—, que actúa como una barrera al capital, al exigir un tributo por el solo derecho de acceso al subsuelo. Esta dualidad rentista revela que los megaproyectos no son meros centros de producción, sino dispositivos de expoliación en los que la naturaleza y el control territorial se transforman en una fuente de transferencia masiva de valor desde las periferias hacia los centros de acumulación global, lo que profundiza la fractura metabólica y la dependencia estructural dentro del imperativo de la «descarbonización» capitalista.

⁷ Humberto Márquez y Raúl Delgado, «Signos vitales del capitalismo neoliberal: imperialismo, crisis y transformación social», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. VI, núm. 10, 2016, pp. 11-50.

⁸ David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

La expansión de las fronteras del capital por la amplia geografía de la economía mundial conjuga dos procesos ancestrales: el imperialismo y el colonialismo, sólo que los actualiza y les imprime una racionalidad conjunta. Las formas de neocolonialismo suponen la reedición del saqueo de materias primas y productos básicos dentro de una división internacional del trabajo que asigna la función de proveedor primario mediante economías de enclave exportador que adquieren la forma de megaproyectos. El neoimperialismo impulsa la transferencia de capital financiero, industrial y mercantil para ampliar los mercados, ocupar sectores y actividades productivas y rentables, e implementar procesos de industrialización. Las formas neocoloniales y neoimperiales se complementan, y se refieren a un nuevo reparto del mundo, sus territorios y recursos naturales y reservas laborales. En el plano nacional continúa el fenómeno de colonialismo interno que entraña la expropiación de los pueblos originarios para permitir el asentamiento de los grandes emprendimientos capitalistas.

En el tablero internacional, las grandes potencias capitalistas despliegan y proyectan sus intereses capitalistas y políticos sobre territorios administrados por gobiernos que se dividen entre aliados y antagonistas. El imperialismo del siglo XXI sigue regenerando las disputas por los territorios y sus recursos naturales, incluyendo los recursos humanos. Las tensiones geopolíticas alimentan las confrontaciones en torno a la hegemonía mundial capitalista entre Estados Unidos y sus aliados, por un lado, y China y sus aliados, por el otro. Atrapados en medio de los escauceos perviven las regiones y países incapaces de controlar sus recursos y encaminar proyectos autónomos de desarrollo en los ámbitos nacionales.

El territorio mexicano ha estado en disputa permanente por las fuerzas que encarnan, por una parte, al capital, incluyendo sus facciones del crimen organizado; y, por otra parte, a las comunidades agrarias y los movimientos autonomistas. Los primeros para reproducir la valorización del valor y los segundos para preservar sus modos de vida. La penetración capitalista en la producción agrícola,

además de suponer la separación de los pequeños productores directos respecto de sus modos de producción y subsistencia, conlleva el establecimiento de las grandes propiedades territoriales, la migración forzada, el despoblamiento rural y la proletarización generalizada. Entre la reproducción del capital y la de la vida se interpone la reproducción de la materialidad que fundamenta los procesos de capitalización y reproducción social, con todas sus contradicciones, limitaciones y posibilidades.

El mundo moderno de las mercancías

La moderna sociedad capitalista es una sociedad basada en relaciones mercantiles. La humanidad se relaciona entre sí, de manera preponderante, mediante el intercambio de mercancías en el mercado. Con el fin de satisfacer la mayoría de las necesidades básicas, se acude al mercado para adquirir una mercancía portadora de un valor de uso que satisfaga imperativos alimentarios, educativos, sanitarios, habitacionales, comunicacionales, culturales y espirituales.

Asimismo, la moderna sociedad capitalista se presenta como «un enorme cúmulo de mercancías».⁹ En su expresión más diáfana, la materialidad de la sociedad moderna, de todo lo existente, posee la forma de mercancía. La producción de cosas útiles y vendibles adquiere la forma invariable de mercancías. La producción de mercancías sólo será posible por medio del uso de otras, como la fuerza de trabajo, los insumos, la maquinaria, el dinero. Las relaciones sociales básicas son las mercantiles, en las que aparecen los productores de mercancías, las cuales se producen por el consumo de otras, que a su vez han sido producidas por otros productores. De esa forma se despliega la fórmula general de la acumulación de capital o de dinero progresivo, esto es, la transformación del dinero en capital: D-M-D'.

No obstante su lógica totalizadora y que bajo la compulsión de la acumulación nada ajeno al mundo de las mercancías debe perturbar la reproducción del capital, éste enfrenta una traba existencial para dominar por completo todo lo existente,

el mundo material. Con la intención de producir más mercancías mediante mercancías, se encuentra con el hecho de que no tiene la capacidad de producir todos los componentes básicos que entran en el proceso de producción capitalista. Evidentemente, el capital no puede producir a los seres humanos ni a la naturaleza, a la sazón las fuentes primordiales de la riqueza material. Pese a que el capital interviene en la sociedad y logra metamorfosear a las familias, es incapaz de reproducir la vida humana, toda vez que se trata de una función biológica inmersa en una trama de reproducción social que escapa a los designios del capital. Aunque la naturaleza también está intervenida por el capitalismo, inclusive se establecen pautas de reproducción del orden natural dentro de las exigencias del capital, en el fondo la naturaleza se sigue reproduciendo según la lógica de los propios ecosistemas. La tierra es un bien no producido por el trabajo humano y por sus características materiales es un bien escaso y diferencial. En tanto que la noción de territorio, por extensión a la de tierra, supone una variedad de bienes producidos por la naturaleza que al ser absorbidos por las relaciones mercantiles se consideran recursos naturales.

Aquello que no es producido por el capital, pero que es imprescindible para su reproducción, resulta apropiado y metamorfoseado como mercancía. En definitiva, el capital subsume a la humanidad y a la naturaleza a su lógica inmarcesible de valorización. De ello da cuenta la historia del capitalismo, que desde el momento gestante de la denominada acumulación originaria y sus etapas sucesivas despliega una trama incontenible de proletarización de la humanidad para convertir la capacidad de trabajo en fuerza de trabajo, en mercancía humana, y, al mismo tiempo, de apropiación de los llamados recursos naturales (tierra, agua, aire, petróleo, minerales y demás) en aras de convertirlos en mercancías y en insumos productivos.

En el sentido capitalista, toda mercancía es una cosa producida por el trabajo humano, por la mercancía fuerza de trabajo, una cosa que adquiere un precio en el mercado por el cual se compra y se vende. De tal suerte que la apropiación de aquello que no se puede producir, pero que es indispensable para la producción capitalista, supone la mercantilización de elementos torales como la capacidad de trabajo y los bienes naturales, que no son producidos por el capital, sino que son sometidos a su férula y se inmolan como meros insumos productivos. Con esa pretensión se logra introducir a la esfera de la producción una serie de elementos que de suyo no son mercancías, pero son tratados como si lo fueran para subsumirlos en la trama de la reproducción del capital. Salvo en condiciones de monopolio, las cuales sin embargo no pueden ser fijadas de manera permanente, en la economía orquestada por el mercado, opera un mecanismo más o menos automático para fijar los precios y en ese proceso de coordinación mercantil los precios tienden a modularse como precios medios.

⁹ Karl Marx, *op. cit.*, 1988, p. 43.

Con todo, el precio de una mercancía convencional dependerá del productor y de los competidores. Al respecto, influyen diversos factores: los costos medios de producción en determinadas condiciones de competencia y también la ley de la oferta y la demanda.

Desarrollo desigual y transferencia de valor

El capitalismo es un modo de producción que se mueve a través de una lógica dialéctica sumamente contradictoria que destaca la aparición de sus formas extremas de existencia, no por un afán de análisis dicotómico sino derivado del intrincado desarrollo capitalista que incuba desde el progreso y la barbarie hasta la acumulación de riqueza y miseria. Bajo esa pulsión alienta, por ejemplo, la apropiación de ganancias extraordinarias y la destrucción de capitales improductivos. No obstante, su dinámica de desarrollo permite la aparición de un cierto juego de equilibrios o el desenvolvimiento de dinámicas de término medio que permiten modular el funcionamiento contradictorio del sistema, como puede ser el caso de las ganancias medias.

De forma sustancial, el desarrollo desigual capitalista se expresa en el hecho de que los capitales, y con ello las diversas ramas de la producción, adquieren una desigual composición orgánica de capital y en consecuencia producen una cantidad diferente de plusvalor. Tal tendencia se profundiza conforme se desarrollan las fuerzas productivas y la parte constante del capital (medios de producción) supele a la parte variable del capital (fuerza de trabajo). Dicha forma de desarrollo capitalista provoca un problema estructural contradictorio, puesto que conforme se avanza en la productividad del trabajo se propicia la caída tendencial de la tasa de ganancia; asimismo, la sobreproducción de capital y de mercancías desemboca en crisis recurrentes. En contraste, en condiciones normales, los mecanismos del mercado posibilitan la transferencia de plusvalor entre los capitales y las ramas de la producción. Con ello se evita que sólo los capitales y ramas con mayor composición orgánica de capital tengan un margen de ganancia mayor, en detrimento de otros capitales y ramas con baja composición orgánica de capital y con márgenes de ganancias constantemente deprimidos. Bajo el supuesto de que así funcionara la economía, entonces habría una migración compulsiva del capital colectivo hacia las mismas ramas de la producción, donde sólo habría posibilidades de ganancias elevadas y se dejaría en el vacío a los otros ámbitos. El mercado funge como mecanismo social de coordinación del trabajo y distribución de capitales en distintas ramas y sectores de conformidad a una cierta prevalencia de ganancia media. En la economía de mercado capitalista opera un mecanismo que facilita la distribución entre las diversas ramas; para ello, la tasa de ganancia tiende a igualarse, más o menos, es decir, funge como criterio articulador. En semejantes condiciones, los

capitales y las ramas que producen más plusvalor ceden una parte de ese excedente a los capitales y ramas que producen menos. Se trata de un mecanismo de reparto más o menos equitativo de la plusvalía que previamente ha sido extraída a los trabajadores.

El sistema capitalista sería disfuncional si sólo algunos capitales que operaran en un determinado sector obtuvieran de modo permanente una proporción mayoritaria de ganancias, porque en ese caso los mecanismos de mercado originarían incentivos para que el resto de los capitales migraran a los ámbitos privilegiados en los que se estarían generando mayores tasas de ganancia. En cambio, la economía de mercado, como mecanismo anónimo de coordinación social del trabajo, propicia una distribución de los capitales entre diversas ramas de producción que además suponen una complementación de orden técnico para que, en términos colectivos, se estén produciendo los alimentos, la energía, los bienes de producción y los bienes de consumo necesarios en la reproducción social; en esa medida se establece un mecanismo de reparto lo más equitativo del plusvalor entre las diferentes ramas económicas.

En términos normales, según la lógica de valorización del capital, ocurre una suerte de reparto o distribución de la masa total del plusvalor entre los diferentes agentes del capital social en proporción a la inversión realizada por cada uno. Entre las distintas ramas y sectores de la producción, después de haber sido generado el excedente, es decir, el plusvalor, funciona ese mecanismo de redistribución entre los capitales trazado por una serie de transferencias de valor cuyos flujos van de una rama a otra: de las ramas de la producción intensivas en trabajo vivo por ser de baja composición orgánica, hacia las ramas que emplean menos trabajo vivo por tener una mayor composición orgánica de capital. Desde esa perspectiva, se suscita una suerte de intercambio equitativo entre los capitales, derivado de los flujos compensatorios de plusvalor entre capitales.

Así, en tanto la clase capitalista actúa colectivamente en pos de la defensa de sus intereses materiales, opera dentro de un ámbito de colaboración

semejante a un «comunismo entre capitalistas» que, en lo tocante a la formación de la tasa media de ganancia, les permite establecer esquemas de distribución equitativos del plusvalor total que el conjunto de la clase capitalista extrae de la clase social dominada, los obreros.¹⁰ La reproducción de la riqueza capitalista determina la postrera distribución del plusvalor y para que ello sea posible los dueños de la tierra cumplen un papel no mercantil, improductivo, en la producción y valorización del capital. No deja de ser una paradoja que una clase de origen precapitalista asuma una función que posibilite la mercantilización de cualesquiera valores de uso y, en esa tónica, permita el desenvolvimiento de la lógica ascendente del capital. Empero, habría que admitir que esa espiral entraña una tendencia destructiva del mundo concreto de la vida cuando los soportes materiales de la riqueza se vulneran sistemáticamente.

Una contratendencia a esta disposición de coordinación social del trabajo y distribución del excedente son las formas de competencia, las condiciones de monopolio, las crisis de sobreproducción y la caída de la tasa de ganancia. Asimismo, la creación de redes de capital global, que son formas ampliadas de producción que eslabonan distintos emplazamientos productivos bajo el comando de una gran corporación capitalista que organiza la transferencia de plusvalor en el seno de una sola entidad corporativa por medio de mecanismos como la monopolización de los mercados, el comercio intrafirma y la transferencia de ganancias.

Capitalismo decadente

Paradójicamente, en el capitalismo contemporáneo los capitales que más ganan, porque se apropian de mayores tajadas de ganancias, son los capitales que menos producen, cuando menos en términos de generación de plusvalor. Los capitales ganadores están entregados a la especulación con el dinero o con recursos naturales como el petróleo, los minerales o los productos agrícolas. Este capitalismo tiene un filón parasitario y decadente.

¹⁰ Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010, p. 36.

El desarrollo del capitalismo está en crisis y atraviesa por un estado de decadencia relativa porque no puede resistir a la tendencia inexorable a su disolución, si se considera el influjo de la caída tendencial de la tasa de ganancia a causa de su tecnificación y tendencia a la sobreproducción, y por el desgaste de la fuerza de trabajo y la destrucción de la naturaleza. Lo anterior en términos económicos, sociales y ambientales, o bien desde la perspectiva global de la civilización humana, la sociedad capitalista empuja a la humanidad hacia el suicidio colectivo.

La renta capitalista propicia afectaciones a la naturaleza, que es utilizada como mero recurso productivo. En principio derivado de la separación entre la función de propiedad y la función de producción, toda vez que el capitalista no tiene incentivos de preservar la tierra, sino de exprimirle el máximo rendimiento posible en el menor tiempo, lo cual degrada los suelos. La producción mercantil subsume a la naturaleza con objeto de extraer el máximo producto asequible en el menor tiempo, independientemente de la capacidad de regeneración ambiental.

El acaparamiento de tierras productivas u ociosas por los especuladores inmobiliarios deviene de la valoración capitalista del suelo que cifra expectativas de mayor rentabilidad en el futuro, sea en el corto o mediano plazo. Se genera un mercado de tierras vírgenes u ociosas, o con bajos niveles de productividad, que afectan el entorno ambiental. La carrera desatada por la apropiación de terrenos implica un acaparamiento de tierras. La apropiación de esas tierras por la expansión de las fronteras territoriales del capital especulativo significa que esos solares estarán tasados en el mercado, de conformidad al proyecto o producto que pretende desarrollarse en ese espacio, sea la construcción de un fraccionamiento o unidad habitacional, una zona residencial, un centro comercial, un parque industrial, etcétera. En virtud de ello, se crean las llamadas áreas naturales protegidas para el cuidado y conservación de zonas con importancia por su biodiversidad, que incluyen parques nacionales, reservas forestales y zonas protectoras forestales, etcétera.

En definitiva, la propiedad privada en pos de la rentabilidad capitalista, y no la propiedad colectiva, funge como la causante primordial de la depredación y degradación de la naturaleza. En particular cuando el capital se apropia de territorios naturales «vírgenes», «ociosos» o «improductivos» y los devora, engulle de tajo, de una sola vez, la porción de la tierra, la materia bruta que ha sido generada por la propia naturaleza desde tiempos inmemoriales, como es el caso de la minería o de la madera de la selva tropical. El capital deglute la naturaleza sin haberla producido, de manera gratuita e inmisericorde, como si se tratase de un regalo que la Tierra ofrece gratuitamente al hombre o a quien se asume como propietario de una porción de ella.



Dicha consideración es valedera no sólo para el suelo, sino para cualquier bien o recurso provisto por la naturaleza y no producido por el trabajo humano que se subsume a la órbita del capital, como mero insumo productivo. En el momento en que una empresa capitalista se apropia de recursos naturales colectivos, que son usufructuados por comunidades o asociaciones de productores directos, los cuales no estaban bajo la jurisdicción de la propiedad privada, súbitamente registran un abaratamiento contable en los costos de producción empresarial y representan una ventaja competitiva ante otras empresas que tuvieron que pagar en el mercado por acceder a materias primas similares.

La introducción de los recursos naturales en los procesos de capitalización, por ejemplo en la agricultura, establece incentivos perversos en inversiones que arrojen altos rendimientos a costa de declinar la fertilidad natural de la tierra, debido a la pulsión de acortar los ritmos de rotación de capital sin tomar en consideración el ritmo natural de reposición de la naturaleza, que puede agotar sus nutrientes o su consistencia, lo que ocasiona procesos de erosión, desertificación, salinización, entre otros. Para la moderna producción capita-

lista la naturaleza y sus bienes son apreciados no tanto por las cualidades que les son propias, tampoco por el cúmulo de beneficios que brindan a la sociedad humana en su conjunto, sino tan sólo porque al ser introducidos en la lógica de las relaciones mercantiles adquieren un valor de cambio y pueden ser tasados con un precio.

Los riesgos de la financiarización desbocada (especulación) sobre las materias primas extraídas compulsivamente del suelo y el subsuelo para ser canalizadas hacia la colosal industria de las locomotoras de la economía mundial, como China, a la par que generan espejismos desarrollistas extractivistas, por el alza de las cotizaciones internacionales, inflan burbujas especulativas en los mercados financieros y bursátiles y propician sobreproducción con el peligro inminente del estallido y la quiebra en los procesos de valorización, tal como se puede augurar con el desorbitante crecimiento de ciudades y tejidos inmobiliarios de la industria de la construcción en China, alimentada por el suministro de ingentes cantidades de materiales y los picos en los precios que soportan la sobreproducción de edificios, infraestructura y ciudades.

En el capitalismo contemporáneo, un tema en boga es la lucha por la tierra y sus múltiples recursos, por su posesión y usufructo, pero en el fondo subyace la disputa por la renta, sea la renta petrolera, la renta minera (litio, estaño) u otra y con ello el acceso a un mecanismo de redistribución del plusvalor generado por el trabajo social combinado.

Resulta imperativo profundizar en si el modelo de «capitalismo de Estado» chino ofrece una variante cualitativamente distinta en la gestión de la renta o si, por el contrario, opera como una réplica más eficiente del modelo de enclave exportador en América Latina, dominado por tradición por Estados Unidos. Desde la perspectiva de las redes globales de valorización, la expansión china en la región parece profundizar el patrón de intercambio desigual, de manera que la periferia latinoamericana se reafirma como proveedora de recursos naturales desregulados y fuerza de trabajo barata. Mientras que el imperialismo estadounidense ha operado a lo largo de la historia mediante mecanismos de dependencia financiera y comercial, el despliegue geoeconómico de China utiliza la figura del Estado con el propósito de garantizar la captura de rentas extraordinarias, integrando los territorios a su propio ciclo de acumulación sin alterar la esencia extractiva del modelo. En ese sentido, la contienda entre ambos bloques no representaría una alternativa al desarrollo, sino una disputa por la hegemonía en la expropiación de la riqueza social y natural del Sur global.

Síntomas del subdesarrollo: entre la disputa por, y la dependencia de, las rentas

El patrimonio significa el conjunto de los bienes producidos por el trabajo colectivo de las generaciones precedentes y que ha sido heredado por las presentes para su usufructo; sin embargo, ese legado material está acotado por el régimen de propiedad y las legislaciones vigentes. Esto aplica para los denominados bienes de la nación, la biodiversidad, las infraestructuras, el paisaje urbano, etcétera. El patrimonio es una representación de los elementos terrenales y sus derivados que anidan la renta capitalista.

Teóricamente, determinados bienes naturales considerados bienes de la nación arrojan una renta que es, en consecuencia, propiedad de la nación. Es el caso del petróleo. Pero para ello debería exigirse una productividad óptima que en condiciones de mercado facilite que las empresas públicas operen con costos de producción que arrojen una ganancia

industrial y se maximice la renta capitalista, al igual que una política clara acerca del uso y redistribución de esos componentes. Es preciso también hacer previsiones ante las posibles distorsiones de las ganancias especulativas o la volatilidad de las cotizaciones internacionales, como el fondo de estabilización petrolera.

En el capitalismo contemporáneo, un tema en boga es la lucha por la tierra y sus múltiples recursos, por su posesión y usufructo, pero en el fondo subyace la disputa por la renta, sea la petrolera, la minera (litio, estaño) u otra y a partir de eso el acceso a un mecanismo de redistribución del plusvalor ocasionado por el trabajo social combinado.

La disputa por la renta capitalista supone un proceso global de desarrollo y la resignificación del papel de la renta en esa trama. En principio, la sola consideración de la renta invoca la disputa por la posesión y propiedad de los recursos naturales, su uso productivo y el destino del ingreso que adquiere la forma de renta. En términos globales, invoca el problema mayor de implementar un proceso de desarrollo o de transformación de la sociedad en economías nacionales que requerirán, no obstante, llevar a cabo estrategias de desarrollo que les permitan superar la dependencia de las rentas, que ha marcado el destino incierto de economías rentistas que no logran avanzar hacia estadios de desarrollo productivo, con bases tecnológicas, industriales de largo aliento.

Las economías dependientes de las rentas, como las petroleras, las agroexportadoras o las mineras, enfrentan el problema de que el acceso a los ingresos superlativos que suponen las rentas no son una garantía, no son permanentes y son inestables. Los recursos naturales que sustentan las rentas son finitos, agotables, además de que están atados a condiciones inestables en las cotizaciones internacionales y a embestidas especulativas que desploman los ingresos. La cuestión es que las rentas son un plusvalor generado no tanto por la economía exportadora, sino por la rama productiva específica en la que se producen las mercancías que eventualmente podrán ser exportadas o canalizadas al mercado interno y con ello apropiarse de la parte del plusvalor expresado en rentas, que podrán ser ingresos sustanciales en condiciones de mercado favorables en un determinado periodo. En tanto, los ingresos de los gobiernos, que capturan una parte de la renta y los redistribuyen en la población bajo programas de asistencia social, propician un círculo vicioso que sólo mantiene a sectores de la población con subsidios al consumo, que al mismo tiempo procrea una base social de apoyo al gobierno. En el fondo, no se construye una economía productiva capaz de generar su propio excedente y reinvertirlo en áreas estratégicas para el desarrollo.

Con el objeto de romper el círculo vicioso, la redistribución de la renta no debe agotarse en el subsidio directo al consumo. Una política de transición debe utilizar esos recursos para capitalizar

unidades productivas autogestionadas y redes de «comercio justo», que transformen la «clientela electoral» en una clase trabajadora con autonomía económica y capacidad de decisión sobre el excedente nacional.

El desafío para una economía periférica y subdesarrollada que cuenta con recursos abundantes es aprovecharlos, pero hacerlo con sentido estratégico, no con criterios puramente rentistas. Será indispensable organizar la producción alimentaria y cultivar las tierras fértiles. También extraer metales, con el reto de minimizar el daño ambiental con criterios de gestión sustentable de recursos naturales, lo cual supone la inviabilidad de destruir tierras fértiles para en su lugar asentar un proyecto de megaminería que destruirá de manera permanente el entorno, como sucede cuando se le otorga uso del suelo preferente a la minería. De modo complementario, establecer mecanismos de coordinación social para organizar la producción; promover actividades productivas que agreguen valor, promover la industrialización; reinvertir parte del excedente generado en la producción y distribuir colectivamente parte del plusvalor, incluidas las rentas.

Eventualmente, el gobierno de un Estado nación periférico, que a lo largo de la historia ha fungido como proveedor de materias primas, impelido por una ideología o proclama política, puede renunciar a la valorización de los recursos naturales (petróleo, gas, minerales, alimentos básicos) y de esa forma renunciar a las rentas. Un ejemplo para evitar la contaminación puede ser el decreto del gobierno mexicano que prohíbe el método de extracción de gas y petróleo, denominado *fracking*, mediante la fractura con la inyección de agua a alta presión y el uso de sustancias químicas. Cabe aclarar que México no dispone de gas, porque el gas natural asociado al petróleo se quemó, y sólo se puede crear energía eléctrica quemando carbón o diésel, métodos altamente contaminantes. Se importa gas de Estados Unidos, quien lo obtiene a través del *fracking* que se quiere eludir. Esto es contradictorio: no se puede establecer una política de sustentabilidad en un territorio y respaldar a otro donde sí se emplea.

La quimera progresista

Los gobiernos «progresistas» del Cono Sur de América Latina que irrumpieron desde 1999, con el advenimiento de gobiernos de centro-izquierda, la llamada «marea rosa», sobre todo en Venezuela, Bolivia y Ecuador, junto con Argentina, Brasil y Uruguay, emiten un discurso antineoliberal que supuestamente pretende acotar al capitalismo depredador representado por el capital especulativo, pero no por el capital rentista. Estos gobiernos se han apegado al capital rentista (petrolero, agroexportador, minero) como una forma de sustraer ingresos y financiar sus programas de gobierno, además de programas de asistencia social para abatir la pobreza y

ganar respaldo popular. No obstante, si acaso se busca alcanzar un régimen que garantice justicia, equidad y libertad para las clases sociales trabajadoras y los sectores populares, es inviable que se adopten las mismas estrategias del capital en la consecución de objetivos sociales. Aun así, los gobiernos de la región se han centrado en la provisión de los recursos naturales como plataforma de reinserción en los mercados mundiales, que a su vez demandan el abasto de materias primas para apuntalar la dinámica de industrialización, en particular en la locomotora del crecimiento mundial que ha sido China en las últimas décadas.

En esa configuración de la división internacional del trabajo se asume con agrado que las economías periféricas cuentan con recursos naturales abundantes (petróleo, gas, minerales, litio y tierras fértiles). Tales recursos, más que una maldición, representan un privilegio que, en definitiva, hay que aprovechar para rentabilizarlos. El privilegio de tener recursos naturales y emplearlos como moneda de cambio significa que la reinserción periférica a la órbita del capital global reedita formas ancestrales de economías de enclave especializadas en la extracción y exportación de materias primas a fin de suministrar a la industria floreciente de las economías desarrolladas, lo cual reporta divisas que costean la importación de mercaderías manufacturadas con alto componente tecnológico, además de financiar la hacienda pública y sus programas de gobierno. Esta gestión del desarrollo del subdesarrollo reproduce la misma lógica de gestión del capital, abocada a aprovechar los recursos naturales, es decir, se adapta de manera condescendiente el perfil de economías primario-exportadoras. La urgencia por acceder a las divisas no hace reparos en que se está acometiendo y devorando los recursos naturales, lo que en términos económicos es una ventaja temporal o provisional y que en términos ambientales se trata de bienes finitos, agotables.

En términos sociales, la implementación de programas de gobierno con esquemas de redistribución de las rentas sólo produce un pueblo que temporalmente se beneficia al recibir recursos otorgados por el gobierno, que de esa forma

reparte una porción de la renta. En esa medida se genera un pueblo dependiente, sumiso al gobierno, que no desarrolla sus capacidades productivas, más bien el pueblo se transforma en una clientela político-electoral.

Por último, en términos políticos, las bases de sustentación del gobierno son endeble, porque la reciprocidad de las bases de apoyo social dependen de la provisión de los recursos redistribuidos y se somete a las exigencias crecientes de clases sociales que desarrollan un instinto rentista, no productivo, clientelar, que pueden reorientarse hacia otros grupos políticos que disputen esos mecanismos de persuasión o que se sientan defraudados cuando las fuentes de divisas se agoten por las contingencias de los mercados mundiales en los que se insertan. Abatir los niveles de pobreza no es garantía de permanencia en el poder y los reflujos entre los grupos de poder se suceden en las presidencias de la región.

Evidentemente, el ciclo de los llamados gobiernos progresistas latinoamericanos basados en el extractivismo rentista está más que agotado. No sólo por factores geopolíticos, como el acoso de gobiernos externos, la implementación de golpes de Estado o las volteretas electorales que propician el retorno de la derecha neoliberal; en un sentido más profundo, debido a la insustentabilidad del modelo económico en que se basan, la rentabilización de recursos naturales sin transformación productiva y social. De tomar forma, un segundo ciclo político no podrá basarse en la misma estrategia: el rentismo sobre los mismos recursos. Aún cuando los precios de los *commodities* se cayeron, y volverán a subir, una economía nacional no puede sujetarse a los altibajos de los precios internacionales que atienden los vaivenes de la oferta y la demanda, que a menudo se supeditan a criterios especulativos. En el capitalismo mundial las rentas cumplen un papel y no se pueden eludir, pero pueden usarse de otro modo, no como un fin en sí mismo, sino como parte de un proceso global de producción, en el que la extracción de recursos naturales es parte de un encadenamiento industrial organizado de manera autónoma y con proyección estratégica.

En tal caso, se requiere implementar un programa de transición económico-política, en la que

se pase del reino de la economía ficticia (especulativa y rentista) a la economía real (productiva y autogestionada); asimismo, pasar de una política populista (el pueblo rentista) a la organización consciente de los trabajadores para la organización de la producción y la gestión del excedente. El cambio de estrategia supone la prefiguración de un programa de transición social de gran calado, donde la utilización de las rentas puede ser legítima siempre que se evite el ecocidio, y en la medida en que se parte de un proceso de transformación productiva que busque márgenes de autonomía en el concierto internacional, con el propósito de superar las condiciones de subdesarrollo y dependencia.

Límites materiales

El problema ambiental dentro del capitalismo expone los límites materiales para la reproducción del capital, que en su fuero interno parecería no reconocer ningún otro límite más el que se impone el propio capital en su vorágine de acumulación desbocada. Al impulsar las tecnociencias e imponer regímenes de producción leoninos, paulatinamente socava a los seres humanos y a la naturaleza. Empero, cuando menos la tendencia a la extinción de los recursos naturales, que se verifica en fenómenos globales como el declive de los abastos petroleros, la deforestación incontrolable, la desertificación de suelos, la extinción de especies animales, la contaminación de aguas, tierras y aires, entre otras formas de ecocidio, ofrece incentivos perversos para el lucro capitalista, que no tiene reparos morales en su actuar desenfrenado. El agotamiento de determinados recursos naturales que entran en la órbita de la producción estimula al capital con miras a aprovechar su escasez relativa, incluso en un escenario de probable extinción, debido a que en ese ámbito degradante se están larvando formas de ganancias superlativas. Lo que para algunos grupos ambientalistas se presenta como una catástrofe planetaria, desde la lógica del capital aparece como una oportunidad de negocios muy rentable.

Dentro de los márgenes de la moderna sociedad capitalista, la tendencia inexorable del capital a arrasar la naturaleza y degradar a los trabajadores plantea, una y otra vez, el desafío político de establecer mecanismos de contención al capital mediante luchas sociales de defensa del territorio y de los derechos de los trabajadores, que eventualmente se pueden traducir en disposiciones legales y determinaciones políticas.

Frente a la vorágine rentista emergen las comunidades agrarias y movimientos autonomistas como formas de poder territorializado. Esas experiencias de propiedad comunal no sólo defienden la tierra, sino que prefiguran la autogestión al demostrar que es posible producir para la vida sin someter el ritmo biológico a la rotación frenética del capital.

Aunque en la espiral ascendente del proceso de acumulación tales medidas de control e intervención, aunado a los focos de resistencia en espacios disputados al capital, a la postre resultan en términos globales insuficientes en virtud de que persisten las formas diversas y amplificadas de destrucción del entorno socioambiental por el capital. En esa tesitura, se advierte que los esfuerzos de imponer medidas de protección en una determinada localidad o país serán en vano dado que, en otras demarcaciones territoriales, países o regiones del orbe se busca implementar proyectos de extracción de recursos naturales y se destruirá el medioambiente. En tanto, el capital funciona de manera articulada en el plano global, y que para ello funciona a través del mercado mundial, sus mecanismos de generación y distribución de plusvalor se basan en criterios cada vez más rentistas y especulativos. En ese sentido, impulsa tendencias destructoras de la humanidad y la naturaleza, es más claro que nunca la necesidad cambiar de sistema capitalista.

Utopía tecnocrática

El capitalismo encontró en la tecnociencia la fuerza material para expandir la capacidad productiva del trabajo y hacer factible el afán de acumular a toda costa. La frenética avanzada tecnocrática del capital, que ahora atraviesa por el espejismo de la pretendida cuarta revolución industrial (la llamada industria 4.0), menoscaba el entorno material que ocasiona desequilibrios ecosistémicos, fracturas en el metabolismo sociedad-naturaleza, crisis recurrentes y multidimensionales, caos y conflictos, finalmente anticipa un peligro irrevocable: la extinción de la vida humana tal como la conocemos.

Referente a la utopía tecnocrática no existen límites materiales para la expansión del capital, éste es el único límite que enfrenta el propio capital. El agotamiento de los recursos naturales sería un falso problema, porque las tecnociencias serán capaces de encontrar respuestas a los problemas técnicos que se enfrenten en el camino y sustituir esos recursos agotados o en vías de extinción. El capitalismo sería un mundo de abundancia que se opone a la escasez, en todo caso, deberíamos prepararnos para administrar dicha abundancia. Nuevos materiales sustituyen a las materias provistas por la naturaleza; empero, el capitalismo no ha logrado cumplir su sueño de producir los recursos naturales. Los nuevos materiales provistos por las tecnociencias están compuestos de materias primas provenientes de la naturaleza, de donde han sido extraídos, los cuales son procesados en laboratorios mediante procedimientos químicos, físicos, biotecnológicos e ingenieriles. Las materias primas son reconfiguradas, sintetizadas y mejoradas. Como producto final son irreconocibles, cual si fueran pura invención del intelecto humano, su base material sigue siendo la naturaleza, que es la estación de servicio, la fuente de materias primas, para alimentar las tecnociencias y sus productos.

Por ejemplo, ante la escasez de arena y grava proveniente de los lechos de los ríos para la elaboración de cemento y hormigón que demanda la industria de la construcción, China está produciendo de modo «artificial» materiales similares, pero lo hace a partir de otras materias primas, las rocas de granito, que son trituradas con la intención de crear una consistencia similar a la de arena. Se estima que la extracción mundial de materiales se triplicó en las últimas cuatro décadas y se agudizó el fenómeno del cambio climático y la contaminación atmosférica.¹¹

Bajo un mando social, las fuerzas productivas heredadas de la «industria 4.0» deben ser despojadas de su lógica de obsolescencia programada. El desafío es reorientar la tecnociencia hacia una economía de materiales de ciclo cerrado, en la que el ingenio humano no busque «sustituir» a la naturaleza, sino reducir la intensidad extractiva mediante la recuperación y el reciclaje total de las materias primas ya incorporadas al sistema productivo.

El fin de los tiempos capitalistas

Es ingenuo suponer que el capitalismo se conduce por preceptos morales o que desde la moral se puede reorganizar al capitalismo para hacerlo más humano y más verde. Las normas metafísicas no funcionan como criterios de organización capitalista. El imperativo material del capital es muy claro: se encauza por el afán de maximizar sus ganancias a toda costa, aquí y ahora, sin importar sus desenlaces ambientales y humanitarios. Desde el punto de la lógica de valorización del capital, las ganancias y las rentas son legítimas. Pero mientras que las ganancias suponen un mundo en continua expansión y sin fronteras, el ámbito de la renta capitalista plantea una ignominia, en la medida en que los recursos que fungen como su referente están inmersos no en el reino de la abundancia, como corresponde a un mercado sin fronteras, sino en el de la escasez, donde la extinción o el agotamiento marcan la pauta, así que la renta crece en proporción inversa a la escasez relativa de los recursos naturales que le sirven como

¹¹ United Nations Environment Programme (UNEP), *Global material flows and resource productivity*, París, UNEP, 2016.

base material de sustentación. Cuanto más escaso es el recurso natural, sea el petróleo, el gas, el agua o los metales, tanto mejor para sus propietarios, porque será más alta la renta que cobrarán por esos bienes indispensables para el capital y para la vida, pero que se presentan como bienes escasos. El reino natural de la escasez es fuente de un lucro superlativo de parte de sus propietarios.

A la vista de todos, el capital tiene un solo cometido: incrementar al máximo sus ganancias. Desde ciertas concepciones reformistas se suele admitir que el capital puede ser intervenido, reorientado y humanizado a fin de que su objetivo central sea compatible con otros objetivos, como la inclusión social de los desposeídos y la protección del medio ambiente. El desarrollo humano puede lograrse con estrategias de redistribución del ingreso y el desarrollo de capacidades humanas que formen mejores condiciones a los concurrentes del mercado, en tanto que se pueden implementar políticas que eviten el calentamiento global, la erosión, la extinción de las especies, la contaminación y, en suma, la destrucción de la naturaleza, porque la naturaleza forma un «capital natural» en el que se encuentra el futuro de un «capitalismo verde».

Dentro de esa lógica de expansión, los bonos de carbono y los mecanismos de compensación ambiental no emergen como soluciones a la crisis climática, sino como una sofisticada renta financiera sobre la conservación. En ese esquema, el capital logra la subsunción formal de los procesos biológicos de captura de CO₂, lo que modifica la capacidad regenerativa de la Tierra en un activo financiero negociable. No se trata sólo de mercantilizar la naturaleza, sino de establecer un derecho de propiedad acerca de la «ausencia de degradación»: así, la conservación se convierte en una barrera que genera renta para los grandes fondos de inversión. Entonces, el sistema perfecciona su carácter expoliador: tras provocar la fractura metabólica, el capital rentabiliza su propia destrucción al convertir la escasez de ecosistemas funcionales en una nueva fuente de acumulación, lo que desplaza a las comunidades locales de sus territorios bajo el imperativo de una «economía verde» que perpetúa la expropiación ecoterritorial

En definitiva, el capital es ciego y sordo a las proclamas moralistas y ecologistas, en su fuero interno sólo busca incrementar las ganancias. No tiene reparos en obtener altas ganancias cuando ocurren crisis, cataclismos o se extinguen los recursos naturales; al contrario, son espacios redituables que busca aprovechar y capitalizar a su favor. En términos ambientales, si la elevación de las ganancias sucede por medio del consumo productivo de un bien considerado escaso o en peligro de extinción, el capital no tendrá miramientos en agotar ese recurso porque anticipa ganancias superlativas y rentas fabulosas. En su imaginario, se crearán soluciones tecnológicas que sustituyan oportunamente los bienes que vayan desapareciendo.

El capital no responde a preceptos morales ni humanitarios pues su interés se guía por el imperativo categórico de alcanzar la máxima ganancia posible y este cometido es compatible con el agotamiento de las reservas de recursos naturales, dado que generan ganancias y rentas superlativas. Cuanto menos petróleo haya, mejor para los grandes dueños del petróleo; cuanta menos tierra fértil exista, mejor para sus propietarios. Cuando esté cerca de su agotamiento el recurso en cuestión, el capital estará en el umbral de su máxima ganancia posible, pero el mundo se encontrará al borde del precipicio, a punto del colapso. La lógica ganancial del capital resulta un precepto suicida para la humanidad y el entorno planetario. En su frenética lucha especulativa y rentista, el capital empuja al conjunto de la humanidad hacia un colapso civilizatorio. Es el capitalismo del fin del mundo, no por un mandato divino y apocalíptico, sino por la destrucción objetiva del entorno material.

En las profundidades de la crisis del sistema capitalista subyace la ruptura del metabolismo social, es decir, la reproducción de las condiciones materiales de existencia mediante el trabajo humano y el uso de los bienes terrenales. El punto crítico no es propiamente la unción del ser humano, preñado de relaciones sociales, con la naturaleza y sus componentes químicos y físicos, sino que es el proceso histórico de separación o alienación entre la existencia humana de las condicionantes naturales imprescindibles para reproducirse.¹² La pauta analítica es el rompimiento de la relación metabólica con la naturaleza:

Lo que necesita explicación, o es resultado de un proceso histórico, no es la unidad del hombre viviente y actuante, [por un lado], con las condiciones inorgánicas, naturales, de su metabolismo con la naturaleza, [por el otro], y, por lo tanto, su apropiación de la naturaleza, sino la separación entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación que por primera vez es puesta plenamente en la relación entre trabajo asalariado y capital.¹³

¹² Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. I, México, Siglo XXI, 1982, p. 449.

¹³ *Idem*.

La encomienda de evidenciar la ruptura metabólica entre sociedad y naturaleza, y de sus efectos en el sistema capitalista, es configurar una nueva sociedad, que al tiempo en que restaña los vínculos con la naturaleza externa transmuta la organización interna de la sociedad. La transformación social sustantiva que des- emboque en la emancipación humana y en la rearticulación con la naturaleza supone la creación de una sociedad de productores asociados que regulen y controlen consciente y racionalmente el metabolismo socioambiental, sin caer presa del dominio mercantil, con el aprovechamiento de las fuerzas productivas sociales y que garantice condiciones para la reproducción de la naturaleza humana y la naturaleza externa.¹⁴


Transición social

En un eventual programa de transición social, en el que se busque cambiar las formas de propiedad, las estructuras de poder, el modo de producción y la distribución social del excedente, se necesita organizar estratégicamente la producción, y si se precisan pautas poscapitalistas, se requerirá la autogestión de los trabajadores. No obstante, en el proceso de transición no se puede abrogar por decreto la ley del valor trabajo y el papel que cumplen las rentas, por lo que sería desacertado renunciar a los beneficios que arrojan el plusvalor y la renta, puesto que se trataría de colectivizar los beneficios. La renta, junto con el plusvalor, puede ser una palanca para organizar la producción. Esto amerita hacer un pasaje de la extracción como forma fragmentaria y subordinada de insertarse a la economía mundial capitalista, con el propósito de reorganizar las bases materiales, institucionales y sociales de la producción y, en consecuencia, utilizar de forma estratégica los recursos provenientes del proceso de extracción, es decir, la renta, pero no depender radicalmente de las rentas para asociarse a procesos articulados de producción y acumulación con otras bases sociales. En una organización social de la producción poscapitalista llegará el momento de la superación de la ley del valor y de la renta, mas el proceso transicional aún tendrá que considerarlas, de modo ineludible.

Sin embargo, la colectivización de los beneficios no debe confundirse con una simple centralización estatal de la renta. La tran-

sición exige que la propiedad pública sea vigilada por consejos de productores asociados que impidan que la burocracia estatal actúe como un nuevo «terrateniente colectivo», garantizando que el excedente se reinvierta de modo directo en el metabolismo social y no en la preservación de aparatos de poder.

La transición hacia una sociedad de productores asociados encuentra su prefiguración en los mecanismos de autogestión desplegados por comunidades autonómicas que, frente al avance del capital expoliador, han erigido la propiedad colectiva como una barrera infranqueable contra la depredación. La gestión sustentable de los recursos es viable cuando el valor de uso y la reproducción de la vida se antepone a la tasa de ganancia. En estos modelos, la propiedad común impide la realización de la renta absoluta por parte de agentes externos y además restaña la fractura metabólica al subordinar la técnica a los ciclos biológicos. Tales comunidades actúan como los *boni patres familias* de Marx, por lo que validan la tesis de que sólo la desmercantilización de la tierra puede frenar la inmolación de los sistemas ecológicos y sentar las bases de una institucionalidad poscapitalista.

Desde el punto de vista de una formación económico-social superior, la propiedad privada del planeta en manos de individuos aislados parecerá tan absurda como la propiedad privada de un hombre en manos de otro hombre. Ni siquiera toda una sociedad, una nación o, es más, todas las sociedades contemporáneas reunidas, son propietarias de la tierra. Sólo son sus poseedoras, sus usufructuarias, y deben legarla mejorada, como *boni patres familias* [buenos padres de familia], a las generaciones venideras.¹⁵ 

¹⁴ Karl Marx, *op. cit.*, tomo III, vol. 8, 1988, p. 1044.

¹⁵ *Ibid.*, p. 987.

